

lanchaak

Un viaje al reino
de los moches

Rosario Arias Quincot

GRAN
ANGULAR





GRAN
ANGULAR

IANCHAAK.

Un viaje al reino de los moches

ROSARIO ARIAS QUINCOT





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

Ianchaak. Un viaje al reino de los moches
Primera edición: mayo de 2019

Coordinación editorial: Rubén Silva
Corrección de estilo: Anaís Blanco
Jefa de arte: Laura Escobedo
Diagramación y diseño de cubierta: Rocel Rodríguez y Danitza Navarro
Ilustración de cubierta: Andrés Cotrina

Fotografías de cubierta: cortesía de Fundación Wiese | Complejo Arqueológico El Brujo
Fotografía de solapa: cortesía Revista Regatas

© del texto: Rosario Arias Quincot, 2019
© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / Printed in Peru
Impreso por Cecosami S. A.
Calle 3, Mz E, Lote 11, Urb. Sta. Raquel,
Ate Vitarte, Lima 3, Perú
Mayo 2019

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-738-7
Registro de Proyecto Editorial: 31501311900494
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-05848

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A Carlos Eduardo por tantas palabras compartidas
y a Ignacio y Jimena por ser parte de todos mis minutos.
Al dios cangrejo que, desde el estante de mi dormitorio,
se coló en mis sueños para hacer esto posible.*

*Lo real no se le coge: se le sigue,
y para eso son el sueño y la palabra.*

MARTÍN ADÁN

El perro le puso las patas en el pecho. Su aliento caliente y húmedo le pegó en el rostro. José Antonio se sobresaltó. Esa no era la mejor manera de despertarse, pero le pasaba casi todos los domingos. Cane era un pastor alemán joven y entusiasta. Su cola no dejaba de moverse. Mordió la manga del pijama de José Antonio y empezó a jalarlo. Seguramente quería su comida y parecía conocer sus derechos. La fuerza del animal podía tirar a José Antonio de su cama. “Claro, con lo flaco que eres”, diría el gordo Cuadros si hubiera visto la escena.

José Antonio o Jose, como le decían sus amigos —así, acentuando la *o* como si fueran a decir su segundo nombre—, no era de los más altos de su clase. Tenía el pelo oscuro y ligeramente crespo, y unos ojos que cambiaban de color con el tiempo.

Ese domingo de abril, el sol había salido temprano y su luz amarilla se reflejaba en cada una de las hojas del ficus que estaba junto a la ventana de su cuarto.

Si Jose hubiera estado de buen humor, se habría levantado a jugar con Cane en el jardín o habría salido a correr con él alrededor del golf. Pero ese domingo se encontraba preocupado y molesto. La noche anterior, sus padres lo llevaron al cine y a comer al chifa: la comida china era una de sus preferidas. Cuando ya estaban terminando, su papá le dijo que en quince días tendrían que mudarse a Trujillo. Él, al principio, no logró entender lo que le estaban diciendo. ¿Cómo era eso? ¿Irse de Lima? ¿Y su colegio? Ya había comenzado el año escolar.

—No te preocupes, Jose —lo tranquilizó su mamá—. Hemos contactado una escuela parecida a la tuya... muy buena, y ya nos han contestado que pueden recibirte.

—¿Y mis amigos? —preguntó Jose con una voz que le salió más fuerte y chillona de lo que hubiera querido.

—Los amigos se hacen —dijo su papá mirando su café humeante.

Finalmente, sus padres le explicaron que el cambio de ciudad no era algo que ellos hubieran elegido, pero que significaba una promoción importante dentro de la oficina.

—A veces hay cosas que uno tiene que hacer y esto es lo que nos ha tocado —con estas palabras su papá dio por terminada la conversación.

Esa noche, José Antonio durmió mal. Estaba preocupado por cómo sería llegar en mayo, casi dos meses después de haberse iniciado las clases. Seguro allí, en ese colegio de provincia, todos serían unos atorrantes y él estaría solo. Maldijo no tener hermanos. Afuera, el ficus se movía con el viento. Pero ¿qué sabía él de Trujillo? Casi nada. Había prestado poca atención a la clase de historia. Ni aun poniendo todo su empeño le venía mucho a la mente. Evocó como dentro de una nube a unas culturas que existieron antes del Imperio de los Incas, y entonces le pareció ver a unos hombres de arena, semidesnudos, moviéndose entre las sombras de su habitación.

Cerró los ojos y trató de dormir. Cuando finalmente lo logró, entró como por una espiral en picada a un mundo de arena y arañas que al día siguiente no pudo recordar con exactitud.

Por eso, ese domingo en la mañana, el entusiasmo de Cane lo fastidió. Se cubrió con las mantas sin hacerle caso. El perro era capaz de perdonarle todo, de tomar su indiferencia con disimulo, pero de seguro no se iría. Se trepó sobre la cama y, después de una vuelta para calcular, acomodó su cuerpo peludo a los pies y puso su cabeza generosa en las piernas de Jose suspirando.

Así se quedaron, respirando juntos. Viendo cómo se movía la luz amarilla del sol sobre el piso de madera, hasta que la voz de su padre sonó desde los bajos llamando a los flojos al desayuno.

El perro pasó corriendo, arrugando todas las alfombras. Ya en la mesa del desayuno, Jose le preguntó a su papá si Trujillo era una tierra de arañas.

—¿Arañas? —preguntó él—. No, hombre... Es la tierra de la primavera y los caballitos de totora, ah... y de la marinera... También hay buenas olas, podrás seguir con tu tabla... y, bueno, no nos olvidemos de las chicas guapas. —Esto último lo dijo su papá con un guiño cómplice que incomodó a Jose y luego continuó —: Tampoco podemos dejar de lado las ruinas de barro de los moches.

Fue esa imagen de publicidad turística la que José Antonio trató de guardar. Pero la palabra *arena* le quedó retumbando en el cerebro.

Ese lunes en el recreo, Jose les dio a sus amigos la noticia. El gordo Cuadros fue el primero en reaccionar. Le dio un puñete en el hombro que lo hizo tambalear. Los demás se acercaron formando un círculo. Las preguntas eran muchas: ¿a qué colegio vas?, ¿cómo serán los chicos de allá?

Cuando José Antonio dijo que era un colegio inglés y mixto, sus amigos se miraron y algunos se rieron. ¿Por qué su madre, cuando le dieron la noticia de la mudanza, le había asegurado que había encontrado un colegio “parecido” al que asistía en Lima? Sí, ella había dicho “parecido”. Esas fueron sus palabras. Pero ¿qué podía haber de parecido entre un colegio al que iban solo hombres y uno lleno de mujeres? En esas estaba, cuando el gordo Cuadros empezó a bailar haciendo saltar su panza redonda y gritando:

—Niñas bobas, niñas bobas...

Luego se paró en seco en medio del círculo de cuerpos y mirando fijamente a Jose exclamó:

—¡Traidor! Seguro que lo vas a pasar bien... Pero vas a extrañar a la vecinita —entonces, imitando la voz de Jose, empezó con la cantaleta—: Patita, te quiero, Patita, te amo, soñaré contigo todas las noches con o sin estrellas. —Luego dio un patadón a la pelota del Colorado y todos salieron corriendo tras él.

José Antonio se quedó parado junto a la pared. Desde donde se encontraba, el patio parecía inmenso y ajeno. Ahí, solo, calculó su soledad futura en ese colegio desconocido que su imaginación se negaba a bosquejar. Por un momento, pensó en Patricia, su vecina, y en cómo le gustaba espiarla desde la azotea cuando ella tomaba sol en la terraza. Su cuerpo dorado, sus formas de mujer... Un día que el gordo Cuadros había ido a su casa, instalaron un pe-

queño telescopio rojo para mirarla mejor. Y sí que valió la pena. Para Patricia, desde su quinto de secundaria, desde su falda a cuadritos, desde sus sueños de adolescente, Jose era un vecinito tierno. Nunca hubiera imaginado que la espiaba.

Cuando terminó el recreo, el gordo Cuadros se le acercó. Le hizo una llave que lo obligó a agacharse y, haciéndolo caminar encorvado junto a él, le dijo:

—No creas que te vas a librar de mí, traidor. Iré a verte en las vacaciones de julio.

Jose no era ni el más alto, ni el más fuerte, ni el más hablador, pero había algo en él que hacía que los demás lo siguieran, que muchos quisieran estar dentro de su órbita. Aunque estaba siempre disponible y le gustaba participar en los juegos y deportes con sus compañeros, una parte de él era inaccesible; había algo muy privado, un mundo propio que los demás intuían, pero al que no podían llegar.

Esas dos últimas semanas pasaron demasiado rápido. ¿Por qué será que siempre el tiempo se acelera cuando queremos detenerlo? José Antonio no tenía la respuesta. De esa época recuerda principalmente los esfuerzos de algunos profesores por hablar de Trujillo, de su importancia histórica, de su tranquilidad, de su cercanía: “Solo a 600 kilómetros de la capital”. Pero para José Antonio eso era infinitamente lejano.

En un momento de calma en la clase de historia, mientras todos sus compañeros hacían un trabajo sobre la fundación del Imperio incaico, Jose se acercó a la profesora y le preguntó si Trujillo tenía algo que ver con las arañas. No le dijo que su preocupación venía de un sueño en el que, entre la bruma, un grupo de arañas inmensas lo envolvían en sus telas y lo arrastraban por la arena. ¿Cómo podría contar aquello? Por eso no le dio mayores detalles y esperó la respuesta con expresión pensativa.

La profesora lo miró divertida. Era una mujer joven con el pelo muy corto y unos anteojos casi invisibles que le daban un aire de solvencia que contrastaba con unas pecas juguetonas encima de la nariz.

—¿Arañas? —repitió y se quedó pensando. Luego agregó—: Los moches representaban arañas y cangrejos o arañas de mar en muros, y también en sus huacos. Además, tenían como dios a una figura mítica que era mitad hombre arriba y la mitad de abajo como una araña... aunque también aparecería representado como diferentes animales. A ese personaje algunos estudiosos lo llaman el Decapitador o *Aiapaec*, si queremos usar la lengua de ese pueblo. Pero tengo entendido que esa no era la palabra con la que los moches lo nombraban... En realidad, creo que otros personajes de su mitología también decapitaban.

José Antonio, sin poner atención a las disquisiciones académicas de su profesora, quiso aclarar sus ideas y preguntó:

—¿Decapitador? O sea que cortaba cabezas.

—Sí —dijo la profesora.

—¿De quiénes? —preguntó el muchacho.

—Pues se cree que de los prisioneros extranjeros... pero no te preocupes, Jose, eso es historia antigua —añadió ella con una sonrisa.

El Decapitador no tenía una forma precisa en la mente de José Antonio, pero cuando él menos lo esperaba aparecía en su pensamiento con diferentes cuerpos, distrayéndolo de lo que estaba haciendo.

La mudanza significó mucho trabajo para toda la familia. Su mamá se movía de un lado a otro de la casa clasificándolo todo, desde los libros hasta las ollas y sartenes. Eligiendo lo que iba y separando lo que se quedaba.

Jose también tuvo que ponerse a trabajar. Su mamá se ofreció a ayudarlo con su maleta y con las cosas de su cuarto, pero él quería aprovechar la mudanza para salir de alguna ropa horrible que le habían comprado y que nunca jamás usaría. La tía Bertita, por ejemplo, tan cercana a su abuela, insistía en regalarle unas ropas de baño enanas y anchas con las que sería el hazmerreír de sus amigos. “Para cuando corras tu tabla, Josecito”, decía entornando sus ojitos azules. Toda ella parecía una lámpara, delgada y enjuta.

Sus modos suaves y delicados eran una forma más de mostrar su determinación. En la familia, nadie se atrevía a contrariarla. Por eso, la mamá de Jose le pedía que usara alguna de esas horribles ropas de baño en los almuerzos familiares en la casa del tío Nico. “Hazlo por Bertita —decía—, es tan cariñosa”. En esas ocasiones, Jose tenía que desarrollar estrategias creativas para que su negativa pasara desapercibida. Ahora se propuso tomar la cuestión en sus manos. Él mismo tendría que organizar todo lo suyo. Había muchos juguetes de niño chico que él ya no quería. Lo mismo pasaba con los libros. Por ejemplo, encontró la serie de *Alipio* y los libros de *Mocho, el perro mago* que lo hicieron soñar cuando era niño, pero que estaba seguro de haber regalado a sus primos hace años. Pero no, ahí estaban. Las cosas a veces parecen tener voluntad y energía para burlar los deseos de sus dueños.

Así, sin tiempo para nada, transcurrió el fin de semana y llegó el lunes de la mudanza.

En unas pocas horas, el camión se tragó su casa entera. Finalmente, quedaron él, Cane y una maleta pequeña en medio de su habitación vacía.

Afuera, el ficus movía sus hojas suavemente, como siempre. Y así seguiría sin importar que los ojos de José Antonio ya no estuvieran para mirarlo.



Fotografía de tapa y contratapa: cortesia de la Fundación Wiese | Complejo Arqueológico El Brujo.



195152

ISBN 978-612-316-738-7



9 786123 167387

Ya nadie podría protegerlos.

El sonido de la trompeta se oía cada vez más cerca. Jose cogió la vasija y se la acercó a los labios. Luego, cerrando los ojos, tomó el trago amargo que estaba reservado para él.

Unidos por un mismo destino que no llegaban a entender, los tres amigos se abrazaron, juntaron sus cabezas y compartieron el calor y el temblor de sus cuerpos. El perro se situó al centro del círculo que formaron Jose, Sam y Caty.